

ENERO

EVANGELIOS DOMINICALES Y CELEBRACIONES DE IGLESIA

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 07 de enero de 2024. Epifanía del Señor

Santo Evangelio según San Mateo 2, 1-12

Jesús nació en Belén, un pueblo de Judea, en tiempo del rey Herodes. Por entonces unos sabios de oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: *“¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo.”*

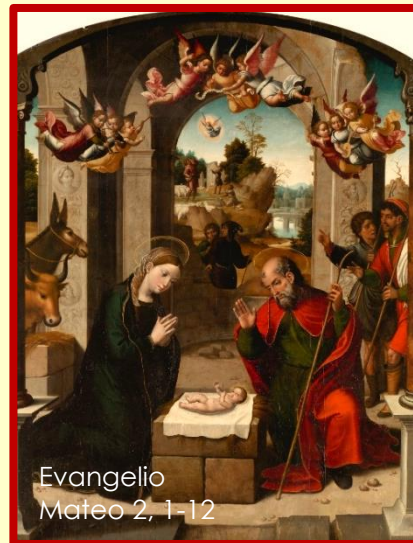
Al oír esto el rey Herodes se alarmó y con él toda Jerusalén. Entonces convocó a todos los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le respondieron: *“En Belén de Judea, pues lo dejó escrito el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las ciudades principales de Judá; porque de ti saldrá un jefe, que será pastor de mi pueblo, Israel.”* Entonces Herodes, llamando aparte a los sabios, investigó con exactitud el momento en el que había aparecido la estrella, y los envió a Belén con este encargo: *“Vayan e infórmense bien sobre ese niño; y, cuando lo encuentren, avísenme para ir yo también a adorarlo.”*

Ellos después de oír al rey, se pusieron en camino, y la estrella que habían visto en oriente los guio hasta que llegó y se detuvo encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de una inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y lo adoraron postrados en tierra. Abrieron sus cofres y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra. Y advertidos en sueños que no regresaran donde estaba Herodes, regresaron a su país por otro camino.

Una reflexión para la vida de familia

Belén era un pequeño pueblo de la región de Judá, ubicada a unos 8 kilómetros al sur de Jerusalén. Una gran historia envuelve a Belén: en el Antiguo Testamento este poblado tiene un gran protagonismo llegando a quedar en la mente de todos los judíos debido a la gran profecía que anunciaba el nacimiento del Mesías y en el Nuevo Testamento aparece para dar paso al Salvador del mundo.

En este evangelio se narra el hecho histórico de que *“Jesús nació en Belén, un pueblo de Judea, en tiempo del rey Herodes”* y en especial la visita de, quienes conocemos como los magos de oriente, a quienes describe como *“sabios”*: *“Por entonces unos sabios de*



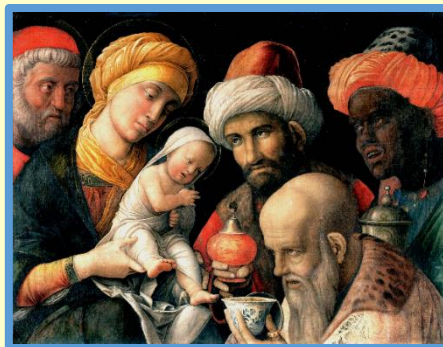
oriente se presentaron en Jerusalén” para adorar a Jesús. Estos “sabios”, lejos de ser magos, eran hombres eruditos y conocedores de las ciencias que se presentaron “preguntando: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo”.

“Al oír esto el rey Herodes - el Grande - se alarmó y con él toda Jerusalén”, pues la noticia de que habían llegado de Oriente unos sabios, y que estaban buscando a un Niño que había nacido para ser el Rey de los judíos le causó preocupación porque posiblemente lo consideró un rival que podía levantar los ánimos del pueblo judío en su contra ya que él no tenía sangre judía. Jerusalén, por otra parte, sabía muy bien la reacción de Herodes y las acciones que llevaría a cabo para comprobar la noticia y eliminar a ese Niño. “Entonces convocó a todos los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le respondieron: “En Belén de Judea, pues lo dejó escrito el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las ciudades principales de Judá; porque de ti saldrá un jefe, que será pastor de mi pueblo, Israel.” Entonces Herodes, llamando aparte a los sabios, investigó con exactitud el momento en el que había aparecido la estrella, y los envió a Belén con este encargo: “Vayan e infórmense bien sobre ese niño; y, cuando lo encuentren, avísenme para ir yo también a adorarlo.” Ya sabemos la historia, su intención no era la adorar a ese niño, simplemente armó una estrategia para averiguar dónde se encontraba para eliminarlo, así no correría peligro su soberanía.



Los sabios “después de oír al rey, se pusieron en camino, y la estrella que habían visto en oriente los guio hasta que llegó y se detuvo encima de donde estaba el niño. Sin duda, después de este encuentro, los sabios debieron haberse sentido desilusionados: no encontraron al “rey de los judíos que acababa de nacer”, había un desconocimiento entre los líderes de Jerusalén respecto al nacimiento del Mesías, había un desinterés en Israel y a esto se sumaba el cansancio después de tan largo viaje. Sin embargo, decidieron continuar con la búsqueda, no se rindieron, y Dios los recompensó por su esfuerzo sincero al volverles a mostrar la estrella: “Al ver la estrella, se llenaron de una inmensa alegría”. De la misma manera Dios recompensa el esfuerzo, perseverancia y fe de quienes esperan y buscan la respuesta de sus necesidades en Él. El camino de los sabios es un camino de fe. Alimentemos nuestra fe y busquemos perseverantemente a Jesús de la misma forma en que los sabios de Oriente buscaron y llegaron al lugar donde se encontraba el niño Jesús. De esta forma, los sabios “entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y lo adoraron postrados en tierra. Abrieron sus cofres y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra.

Cada uno de estos regalos tiene un significado: el oro es el presente para un rey, en este sentido, este presente representa a Jesús como el Rey Divino que vino a este mundo; el incienso es el regalo para un sacerdote. El sacerdote era un intermediario entre Dios y los hombres. Ahora este oficio es de Jesucristo; la mirra es el regalo para el que va a morir. La mirra se usaba para embalsamar los cuerpos de los muertos. Esto nos muestra cómo Jesús muere por nuestros pecados.



Adoración de los reyes Magos. Andrea Mantegna. 1497-1500

“La adoración es un gesto de amor que cambia la vida. Es actuar como los Magos: es traer oro al Señor, para decirle que nada es más precioso que Él; es ofrecerle incienso, para decirle que sólo con Él puede elevarse nuestra vida; es presentarle mirra, con la que se ungián los cuerpos heridos y destrozados, para pedirle a Jesús que socorra a nuestro prójimo que está marginado y sufriendo, porque allí está Él (Papa Francisco. Homilía. 6 de enero de 2020).

El relato termina con una observación importante: advertidos de que no volvieran donde Herodes, los sabios retornan a su lugar de origen, pero por otro camino: “Y advertidos en sueños que no regresaran donde estaba Herodes, regresaron a su país por otro camino”. Quien se encuentra con Cristo cambia de rumbo, queda transformado. Estos hombres buscaban a Dios y Dios los encontró. Ahora llevan consigo al Emmanuel, al “Dios con nosotros”.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Estoy disponible para realizar el camino de fe de los sabios?
- ¿Qué dificultades encuentro para realizar este camino? ¿Cómo puedo superarlas?
- ¿Se confiarme para ponerme en camino del encuentro del Señor?
- ¿Soy capaz de buscar a las personas como los sabios buscaron a Jesús?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y los acompañe siempre!**

*¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?
Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo.*

Mateo 2, 2

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 14 de enero de 2024

Santo Evangelio según San Juan 1, 35-42

Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. De pronto vio a Jesús que pasaba por allí, y dijo: “Este es el Cordero de Dios.” Los dos discípulos le oyeron decir esto, y siguieron a Jesús. Jesús dio media vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: “¿Qué buscan?” Ellos contestaron: “Maestro, ¿dónde vives?” Él les respondió: “Vengan y lo verán.”

Se fueron con Él, vieron donde vivía y pasaron aquel día con Él. Eran como las cuatro de la tarde.

Unos de los que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Andrés encontró en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir Cristo)”.

Y lo llevó a Jesús. Jesús, mirándolo, le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas, (es decir, Pedro)”



Una reflexión para la vida de familia

Nuevamente Juan el Bautista se encuentra testificando acerca de Jesús. Juan el Bautista sabía que su misión había terminado y animaba a sus muchos seguidores a que siguieran a un nuevo Maestro. Ya era la hora en que el Cristo hiciese su entrada y él debía dejar que éste cumpliera con la Misión que su Padre le había encomendado.

En este pasaje evangélico encontramos a dos discípulos de Juan el Bautista que decidieron seguir a Jesús después que Juan, al verlo, lo reconociera como “el Cordero de Dios”: “Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos”. De pronto vio a Jesús que pasaba por allí, y dijo: “Este es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos le oyeron decir esto, y siguieron a Jesús”. La gente algo aguardaba, Juan había despertado en ellos la esperanza. Hoy, al igual que en aquel tiempo, también necesitamos escuchar que está entre nosotros el Cordero de Dios, el salvador, que vive, respira, camina, sonrío, anima, que toca y mueve el corazón de cuantos lo escuchan.

El relato continúa con que “Jesús dio media vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: ¿Qué buscan?” Esta pregunta era decisiva y hoy nos enseña mucho acerca de las verdaderas razones por las cuales nos acercamos a Jesús, es la pregunta crucial que todos nosotros debemos hacernos, porque puede haber diversas motivaciones en la búsqueda de Jesús, algunas de ellas equivocadas.

Los discípulos le “contestaron: Maestro”. Con este título respetuoso de “Maestro”, indican que Jesús será su guía y están dispuestos a oír y seguir sus enseñanzas y la vida del maestro será su referente y pauta para sus vidas. No cabe duda que los discípulos buscaban a un maestro que los guiara en este mundo de tinieblas a la luz de la verdad. Con la misma certeza que sus discípulos le llaman maestro y deciden seguirlo, Jesús espera de nosotros lo mismo como una decisión ejercida libremente desde la voluntad e inspirada por amor.



Llamamiento de los santos Andrés y Pedro.
Caravaggio. Entre 1603 y 1606

Los discípulos le preguntan: *¿dónde vives?*”, los discípulos quieren conocer dónde vive Jesús, cuál es su modo, su forma de vivir, para estar cerca de Él y vivir bajo su influencia. Quieren estar y permanecer con Jesús, querían tener suficiente tiempo para contarle sus inquietudes y recibir de Él las respuestas. Por eso deseaban saber dónde vivía. *“Él les respondió: Vengan y lo verán.”* Jesús invita a los dos discípulos a venir y a ver. Los discípulos tienen que ver por sí mismos, experimentar la convivencia, la

comunión con el Maestro. En esa experiencia es donde hallarán respuesta a sus búsquedas. Hoy nos invita a tener esa experiencia con Él, una experiencia personal. *“Detengámonos un momento en esta experiencia de encuentro con Cristo que nos llama a estar con Él. Cada llamada de Dios es una iniciativa de su amor. Siempre es Él quien toma la iniciativa, Él te llama. Dios llama a la vida, llama a la fe, y llama a un estado de vida particular. “Yo te quiero aquí”...Dios llama siempre. Y la alegría más grande para cada creyente es responder a esta llamada, a entregarse completamente al servicio de Dios y de sus hermanos.”* (Papa Francisco. Ángelus 17 enero 2021).

Luego *“Se fueron con Él, vieron donde vivía y pasaron aquel día con Él. Eran como las cuatro de la tarde”*. Los dos primeros discípulos se quedaron con Jesús. También nosotros podemos aceptar la invitación y quedarnos en su morada. Porque cuando está Jesús no hace falta nada. El evangelio precisa que aquello ocurrió como a las *“cuatro de la tarde”*. Detalla la hora porque es un dato importante en el sentido que, a partir de esa hora sus vidas quedaron marcadas para siempre comenzando para ellos una nueva vida. El encuentro con el Señor y la disposición de seguirlo puede también cambiar nuestras vidas, puesto que nuestros criterios, anhelos, planes, relaciones con personas y el mundo adquieren una nueva dimensión, ajena a lo mundano, pero cercano a lo humano y a lo divino, porque ya no veremos bajo nuestra mirada, sino como Jesús lo ve y queremos actuar como Él. Sabemos que tendremos las dificultades propias de aquellos que amamos y seguimos al Señor, pero la experiencia y el recuerdo del encuentro personal con Jesús, nos mantendrá firmes, porque iluminó nuestras vidas.

En los versículos que siguen, aparece Andrés, testificándole a su hermano acerca de Jesús para que éste lo siguiera: “Unos de los que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Andrés encontró en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo: Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir Cristo)”. Y lo llevó a Jesús. Jesús, mirándolo, le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas, (es decir, Pedro)”. Pese a que Andrés llegó a ser uno de los doce apóstoles de Jesús, al igual que su hermano Pedro, no tuvo la misma popularidad. Sin embargo, Pedro no hubiera existido si Andrés no lo hubiera llevado a Jesús. Andrés era una persona que amaba llevar a otros a Cristo. Andrés, que había sido discípulo de Juan el Bautista, le dijo a su hermano Pedro que habían encontrado el Mesías. Tanto el término Mesías como Cristo significan Ungido.



Cuando Jesús vio a al hermano de Andrés, Él le cambio el nombre: “Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas, (es decir, Pedro)”. En alusión a la obra que sería su misión. Pedro en griego significan “roca”. Jesús no vio en Pedro a un pescador ignorante y sin estudios, sino a un hombre con cualidades comparables a las de una roca y que a pesar de sus imperfecciones, su carácter lo hacía propicio para la obra que llevaría a cabo. Así Jesús ve en nosotros no lo que somos sino lo que podemos ser si permitimos que Él nos transforme.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Estoy atento/a a las señales que me indican el camino para encontrarme con Jesús?
¿Estoy consciente de todo lo que supone poder encontrarme con Jesús en mi vida?
¿Estoy consciente de la transformación que puede producir en mi dicho encuentro?
¿Deseo y quiero, verdaderamente, ser testigo de Jesús? ¿Qué tendría que cambiar en mi vida para ello?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y los acompañe siempre!**

Hemos encontrado al Mesías.

Juan 1. 41

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 21 de enero de 2024

Santo Evangelio según San Marcos 1, 14-20

Después del arresto de Juan, Jesús se fue a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios. Decía: *“El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando. Conviértanse y crean en el evangelio.”*

Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando las redes en el lago, pues eran pescadores. Jesús les dijo: *“Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres”*. Ellos dejaron inmediatamente las redes y lo siguieron.

Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan. Estaban en la barca reparando las redes. Jesús los llamó también; y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con sus trabajadores, se fueron con Él.



La llamada a san Pedro y san Andrés.
Duccio di Buoninsegna. 1308 - 1311

Una reflexión para la vida de familia

Para Jesús, la entrega, la traición al profeta Juan el Bautista no lo asusta, tampoco fue una derrota. Viene del desierto con un mensaje liberador y marcha a Galilea, un pueblo pagano, para anunciar una noticia maravillosa, una Buena Nueva: *“Después del arresto de Juan, Jesús se fue a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios”*. Se acerca a los pobres y excluidos, a los enfermos y maltratados, a los necesitados de calma y liberación. Jesús en su vida humana, hace presente a Dios quien le habla y actúa en Él, su palabra y sus obras son de Dios, nos ayuda con palabras y con obras, nos da aliento. Quien se deja influir y establece una relación personal con Él siente la acogida de Dios, y su amor salvador.

“Decía: El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando. Conviértanse y crean en el evangelio.” Con estas palabras, Jesús quería decir que el tiempo de la espera había concluido, y que podían encontrarse con Dios en cualquier momento. Por lo tanto, no tenían tiempo que perder, había llegado el momento decisivo. Con Jesús llega la plenitud. Ya no estamos de espera. Este es el tiempo importante, la hora de la verdad. El ahora de nuestra vida es el tiempo de gracia, la oportunidad. No hay que dejar las cosas importantes para mañana. La plenitud no vive en el mañana.

Ningún profeta se había atrevido a decir una cosa así. Jesús sin embargo les aseguraba que Dios ya estaba actuando para establecer su reinado en el mundo. Pero, al igual que

hoy, la condición para que la fuerza de Dios triunfe en cada uno de nosotros es la conversión personal. *“Conviértanse”*, nos dice Jesús. La conversión conlleva aprender de los errores, sin desanimarnos ante las caídas.

Jesús agrega, además: *“crean en el evangelio”*. Creer es confiar en Jesús, acoger su propuesta como una buena noticia para nosotros. Creer es adherirse a la persona de Jesús, seguirlo, desear parecerse a Él, imitarlo, comprometerse con Él hasta el final. Esta adhesión a la persona de Jesús es lo que hace que el evangelio y la vida cristiana sea algo muy superior a nuestros propios anhelos y creencias, superior a toda tendencia filosófica o doctrinal. Jesús despierta en quien lo sigue una relación profunda y total, es una unión en la que entregamos nuestra vida y corazón. Creer en el Evangelio es dejarnos fascinar por el amor.



El llamamiento a San Pedro y San Andrés.
Lorenzo Veneziano. 1370

“Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando las redes en el lago, pues eran pescadores. Jesús les dijo: Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres”. Jesús, a través del llamado que hizo a Simón y a Andrés, nos hace en la persona de esos pescadores, una invitación personal. *“Vengan conmigo”, “sígueme”*. Jesús llama en medio de la vida, allí donde están nuestras pobreza. La iniciativa no parte de nosotros, sino de Jesús. No es un camino

que uno se inventa, sino el camino de Dios entre los hombres, dándole a nuestra vida una orientación y energía nuevas. No se trata de unirse a una causa o a una filosofía, sino a una persona, a Jesús. Se le sigue y poco a poco su palabra llega a nuestro corazón, nos cambia y descubrimos en nosotros, la esencia divina, la imagen y semejanza con que Dios, nuestro Padre, nos creó.

Seguir a Jesús es seguir los pasos de aquellos discípulos: *“Ellos dejaron inmediatamente las redes y lo siguieron”*. Ellos, sin pensar en nada más que en la vida que les esperaba junto a nuestro salvador, lo dejaron todo, sin duda por la fuerte atracción que produjo en ellos su persona y su llamada, dejan las redes sin siquiera arrastrarlas a tierra. Lo dejaron todo para formar comunidad con Él. Los discípulos son convocados, llamados a vivir en comunidad. El seguimiento de Jesús, como garantía de esperanza, debe estar presente en todas y cada una de las acciones y actividades eclesiales. Se nos llama entonces a vivir en comunidad.

La misma respuesta dieron Santiago y Juan, hijos de Zebedeo: *“Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan. Estaban en la barca reparando las redes. Jesús los llamó también; y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con sus*

trabajadores, se fueron con Él". El discipulado es siempre una respuesta de seguimiento, en la que los discípulos pasan a ser protagonistas en la misión de Jesús.

“Jesús invitó a sus discípulos a vivir hoy lo que tiene sabor a eternidad: el amor a Dios y al prójimo; y lo hace de la única manera que lo puede hacer, a la manera divina: suscitando la ternura y el amor de misericordia, suscitando la compasión y abriendo sus ojos para que aprendan a mirar la realidad a la manera divina. Los invita a generar nuevos lazos, nuevas alianzas portadoras de eternidad... Hoy el Señor te invita a caminar con Él la ciudad, te invita a caminar con Él tu ciudad. Te invita a que seas discípulo misionero, y así te vuelvas parte de ese gran susurro que quiere seguir resonando en los distintos rincones de nuestra vida: ¡Alégrate, el Señor está contigo!” (Papa Francisco. Homilía 21 enero 2018)



Vocación de los apóstoles Pedro y Andrés.
Edouard Dantan. Medios del siglo XIX.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Cómo percibo en mi vida esa llamada de Jesús?
- ¿Cómo estoy viviendo en este momento de mi vida el seguimiento de Jesús?
- ¿Qué significa hoy, para mí, ser su discípulo/a?
- ¿Qué debo cambiar en mi vida para poder acoger y vivir el Reino?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

*El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando.
Conviértanse y crean en el evangelio.*

Marcos 1, 15

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 28 de enero de 2024

Santo Evangelio según San Marcos 1, 21-28

Evangelio
Mateo 14, 21-27

Fueron a Cafarnaún y, cuando llegó el sábado, Jesús entró en la sinagoga y se puso a enseñar a la gente que estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, y no como los maestros de la ley.

Había en la sinagoga un hombre con espíritu impuro, que se puso a gritar: “¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? ¿Sé quién eres: el Santo de Dios!” Jesús lo reprendió ordenándole:

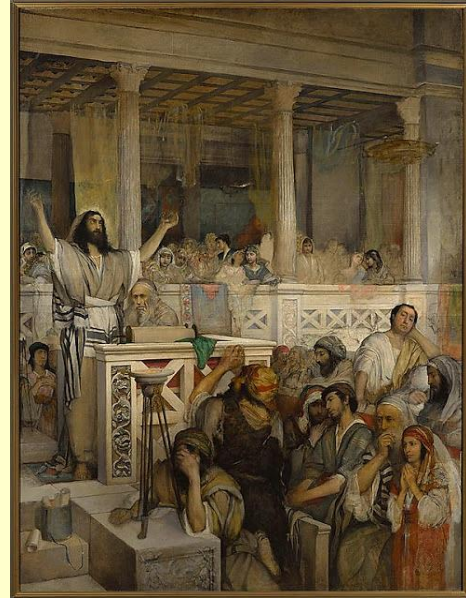
“¡Cállate y sal de ese hombre!”

El espíritu impuro lo retorció violentamente y, dando un fuerte grito, salió de él.

Todos quedaron asombrados y se decían unos a otros:

“¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva llena de autoridad! ¡Manda incluso a los espíritus impuros y éstos lo obedecen!”

Pronto se extendió su fama por todas partes, en toda la región de Galilea.



Cristo predicando en la sinagoga de Cafarnaúm. Maurycy Gottlieb. 1878-79

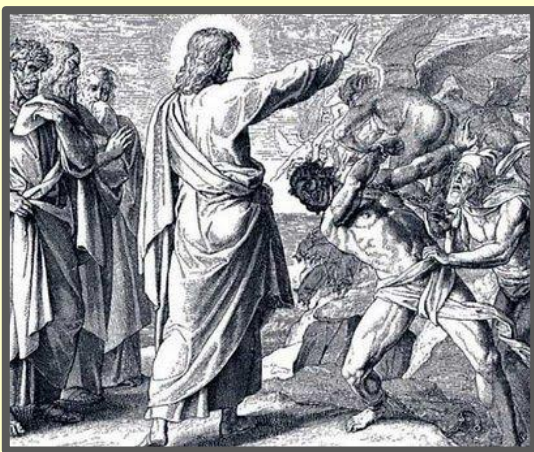
Una reflexión para la vida de familia

Este evangelio nos ayuda a conocer más profundamente la persona y la misión de Jesús para que tengamos una relación más directa con Él y llevemos su mensaje a otros. Según Marcos, la primera actuación pública de Jesús fue la curación de un hombre poseído por un espíritu maligno en la sinagoga de Cafarnaún. Es una escena sobrecogedora, narrada para que, en su lectura, descubramos la fuerza curadora y liberadora de Jesús.

Jesús y sus discípulos “fueron a Cafarnaún y, cuando llegó el sábado, Jesús entró en la sinagoga y se puso a enseñar a la gente que estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, y no como los maestros de la ley”. La gente percibe que Jesús enseña de forma diferente. No es tanto lo referente al contenido, sino que les impresiona la forma de enseñar. La autoridad con que Jesús predicaba y se dirigía a las personas, causaba admiración y entusiasmo, especialmente en la gente sencilla, pero enfurecía a los fariseos y doctores de la ley quienes solo decían palabras de otros. Jesús, sin embargo, hablaba en primera persona dando a conocer que su autoridad provenía de Dios. Esto dio pie para que lo juzgaran como blasfemo porque que pretendía ponerse al nivel de Dios. Jesús sin temor dijo: “Mi enseñanza no procede de mí, sino de aquel que me envió (Dios)” (Jn 7,16). Su palabra y su conducta eran congruentes, transmitía un mensaje

que Él mismo vivía, al extremo que sus propios enemigos lo llegaron a reconocer: *“Maestro, sabemos que eres sincero, que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te dejas influenciar por nadie, pues no miras las apariencias de las personas”* (Mt 22,16). La gente se daba cuenta de que sus palabras hacían ver la vida con nueva luz, liberaban de lo que oprimía o esclavizaba y hacían posible experimentar la cercana bondadosa de Dios.

En ese tiempo, las enfermedades se atribuían a *“espíritus impuros”*. El adjetivo *“impuro”* señalaba la idea de algo que estaba en oposición a Dios, un endemoniado. En el relato se describe que: *“había en la sinagoga un hombre con espíritu impuro, que se puso a gritar”* e interrumpió de pronto exclamando: *“¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios!”* Provoca a Jesús, sin embargo, Jesús no enfrenta al hombre, sino al mal que lo atormenta y lo libera de su esclavitud interior. Jesús abre un nuevo camino para que la gente llegue a ser pura. En aquel tiempo, una persona declarada impura tenía que purificarse antes de comparecer ante Dios para rezar y recibir la bendición. Esta y muchas otras leyes y normas de aquel tiempo dificultaban la vida de la gente y las declaradas como impuras quedaban marginadas y alejadas de Dios. Ahora, purificadas por el contacto con Jesús, las



Cristo sacando un demonio. Julius Schnorr von Carolsfeld. Entre 1851 y 1860

personas impuras podían comparecer de nuevo ante Dios y esta era una gran Buena Nueva para ellos.

Jesús le ordenó al demonio: *“¡Cállate y sal de ese hombre!”*, y *“el espíritu impuro lo retorció violentamente y, dando un fuerte grito, salió de él”*. Jesús es el vencedor del mal, hace que nuestros *“demonios”* huyan de nuestras almas permitiendo que nuestras vidas, muchas veces atormentadas, se restablezcan. El poder y el amor que Jesús nos demuestra hacen que nos liberemos de todo aquello que nos oprime y no nos deja crecer como hijos de Dios libres y responsables. Sentirnos curados y protegidos por Dios es una bendición que debemos cuidar y fortalecer profundizando en nuestra fe, en el Evangelio, y en el conocimiento de Jesús, orando y viviendo de forma más humana, solidaria, cercana, ayudando a otros a que profundicen en su fe y vivan conscientemente su cristianismo, perdonando con amor y trabajando para que nuestro entorno sea un pedacito de cielo en la tierra.

Jesús presenta a un Dios compasivo, poniendo de manifiesto la falsedad de que Dios no liberaba, por ello: *“todos quedaron asombrados”*. Del encuentro con Jesús sale la persona nueva. La pregunta: *“¿Qué es esto?”* y lo que sigue, es una síntesis de lo sucedido.

La admiración dio paso al asombro, a la certeza de estar ante lo que nunca habían visto antes.



La gente decía: *¡Una doctrina nueva llena de autoridad!*” Jesús mostró una nueva forma de enseñar. Así lo percibió el pueblo. Mientras los escribas realizaban una enseñanza estéril, Jesús hablaba para la vida. Hablaba de Dios de una forma cercana. Todos podían entender el mensaje, hasta los sencillos y marginados. En Jesús reconocieron que Dios estaba en Él y que estaba con los pobres y desfavorecidos. La gente lo supo comprender y decían: *“¡Manda incluso a los espíritus impuros y éstos lo obedecen!”*

La gente acogió a Jesús y *“pronto se extendió su fama por todas partes, en toda la región de Galilea”*. Al igual que en aquel tiempo, la presencia de Jesús revoluciona el ambiente, pasan cosas extraordinarias. Los corazones se estremecen, las almas se elevan y nuestros pensamientos se dirigen a nuestro creador adquiriendo nuestras vidas una razón de vivir unida a la esperanza del Reino. La Buena Nueva cambia nuestras vidas para siempre.

Jesús nos comunica toda la luz que ilumina las calles, a veces oscuras, de nuestra existencia; nos comunica también la fuerza necesaria para superar las dificultades, las pruebas, las tentaciones. ¡Pensemos en la gran gracia que es para nosotros haber conocido a este Dios tan poderoso y bueno! Un maestro y un amigo, que nos indica el camino y nos cuida, especialmente cuando lo necesitamos (Papa Francisco. 28 enero 2018).

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Con qué frecuencia me acerco a la Palabra de Dios? ¿Qué descubro de novedad en ella?
- ¿En qué forma está cambiando mi vida al leerla y meditarla?
- ¿Afronto los problemas o me escapo de las dificultades?
- ¿Hay coherencia entre lo que predico desde la fe y lo que vivo a diario?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

¡Manda incluso a los espíritus impuros y éstos lo obedecen!

Marcos 1, 27